

dose á sus espaldas los tutores ambiciosos de príncipes encargados del gobierno del Aderbidyan, su posición en Mosul era tan delicada y difícil que no pudo menos de tomar parte en los sucesos que ocurrieron entre los príncipes y sus ayos y los sultanes; de modo que estas intervenciones formaron los puntos vulnerables de su política. Claramente se ve que para él lo más importante era extender desde Mosul su dominio en todas direcciones, siéndole indiferente hacerlo á expensas de los sultanes, del califa, de los emires del Oeste ó de los cruzados; y si la fortuna, que en la Siria estuvo frecuentemente y en Mesopotamia siempre á su lado, no le hubiese abandonado cuando penetró en el Irak persa, acaso su familia habría ocupado el puesto que posteriormente ocuparon los pehlavianas del Aderbidyan. Pero el destino quiso, para bien del islamismo y para desgracia de los cruzados, que ganara con sus campañas dilatados territorios en la proximidad de estos y que formara allí un Estado imponente y robusto donde hasta entonces existían solo dinastías pequeñas, tan numerosas como impotentes. Este Estado extendió su influencia irresistible sobre los principados mas antiguos que conservaban, aunque reducidos, su existencia.

Las empresas afortunadas de Sengui le pusieron en colisión con los cristianos, pero de todos modos pudo dejar á su sucesor un gran poder para combatir contra los invasores europeos siguiendo un plan acertado y consecuente, y aunque su tutor y mayordomo no estuvo á la altura de las circunstancias, no puede ponerse al mismo nivel que los turbulentos emires que guerreaban sin plan ni grandes fines á manera de aventureros. Sengui no era escrupuloso en los medios que empleaba para conseguir sus fines, y hasta se dice que se sirvió como otros del puñal de un asesino, sin contar sus traiciones y falsas; pero sabía perfectamente elegir los medios mas propios para fundar un imperio y conocía también los deberes que correspondían al soberano. Su fuerza muscular era asombrosa y su cuerpo resistía todas las fatigas. Despreciaba las menores comodidades, pero fué el primer príncipe que volvió á caer en la cuenta de que los súbditos son personas y de que para sacar los recursos necesarios y posibles del territorio, es menester garantizar al pueblo su seguridad y proteger y fomentar la industria y el comercio. En efecto, tal fué el orden y la seguridad que estableció, que hasta un judío pudo reclamar su auxilio contra un elevado jefe de su ejército. Al principio de su reinado la mezquita principal de Mosul estaba rodeada de un vasto campo de ruinas, que nadie se atrevía á pasar sin compañía y armado; pero treinta años después un autor que visitó á Mosul apenas encontró en todo aquel terreno un solar sin edificar. Si Sengui atropelló brutalmente á los demás príncipes, si los engañó traidoramente en muchos casos, hay que considerar que tal como estaba la situación no había otro medio eficaz para acabar con el desorden y la desorganización y fundar un Estado ordenado. Mas de una vez los habitantes de alguna población solicitaron su auxilio contra las tropelías de sus pequeños tiranos, y otras se pusieron directamente bajo su protección. Siempre prudente, prefería aguardar una ocasión favorable á forzar las cosas; á los emires á quienes ni con astucia ni á la fuerza podía someter ó hacer desaparecer, les dejó en sus puestos para caer sobre ellos á la primera coyuntura que ofreciera mejor éxito. De esta manera, en los veinte años de su reinado, desde 521 hasta 541 (1127-1146), agregó á su imperio casi toda la Mesopotamia menos la parte septentrional, que conservaron los ortokidas, y una gran parte de Siria. En el año 521 (1127) tomó á un emir la ciudad de Dschesfret Ibn Omar, á orillas del Tigris, mas arriba de Mosul, y se apoderó también de Nisibe, que pertenecía á los ortokidas de Mare-

din, todo esto aprovechando circunstancias especialmente favorables. Después tomó con menos trabajo á Sindschar y Harran. En 522 (1128) pasó el Eufrates y ocupó además de Membidsch y otras poblaciones menores á Alepo, á la cual convirtió en centro de su dominio en la Siria, después que esta importante ciudad había estado sucesivamente en poder de varios emires, el uno peor que el otro. Otras tentativas de anexión que hizo en la Siria no fueron coronadas de igual éxito. Por medios arteros y viles posesionóse en el año 523 (1129) de Hamat, engañando al que la poseía, Tadsch El-Muluk Buri, hijo de Togteguin y señor de Damasco, el cual reinó en esta ciudad desde el año 522 hasta 526 (1128-1132), en cuyo último año murió asesinado por un ismaelita. Su hijo Schems El-Muluk Ismael, que reinó desde 526 hasta 529 (1132-1135), recuperó por poco tiempo á Damasco en el año 527 (1133). Repetidos ataques á Hims (523-531=1129-1137) y las campañas que Sengui hizo en 523 (1129) y 534 (fines de 1139 y principios de 1140) no dieron el resultado apetecido, pues aunque los sucesores de Togteguin, que todos reinaron cortísimo tiempo, poco bueno hicieron, pudieron conservar por lo pronto su independencia con el apoyo de los cruzados, que con mucho acierto auxiliaron hasta cierto punto á los contrarios de Sengui. Este conquistó á principios del año 534 (1139) á Ba'albek, después de haber ganado en sus célebres campañas del año 531 y 532 (1138), contra los cruzados y bizantinos, además de la capitulación de Barin, las ciudades de Scheisar, Keft-Tab, Irka y finalmente Hims. Las empresas de conquista que Sengui creyó conveniente acometer desde Mosul, por el Este y Norte, en los territorios de los curdos y ortokidas, en los años desde 534 hasta 537 (1140-1143), le impidieron continuar la guerra en Siria sin interrupción. No obstante, pudo dar un golpe capital en el año 539 (1145) conquistando á Edesa, que tuvo que capitular después de algunas semanas de sitio (1). Con esto los cruzados perdieron su baluarte principal y al mismo tiempo el islamismo recobró un territorio que medio siglo hacía penetraba desde el otro lado del Eufrates en los países mahometanos á manera de cuña y resguardaba por aquel lado de los ataques musulmanes la plaza de Antioquía, ocupada igualmente por los cristianos. Esta fué la última obra de consideración de Sengui. Mientras estuvo haciendo esta campaña, su pupilo el príncipe Alp Arslan concibió en Mosul la idea de deshacerse de su molesto tutor; la sublevación que con este motivo organizó, en 539 (1145), en la ciudad fué sofocada por la guarnición y los habitantes, que ningunas ganas tenían de ver establecido el gobierno seljucida; pero á pesar de esto, Sengui á su llegada creyó prudente, según se deja suponer, hacer algo para imponer respeto á los elementos dudosos en la ciudad y de las comarcas inmediatas. A este fin permaneció algún tiempo en Mosul y en 541 (1146) envió tropas contra el castillo de Fenek, cerca de Dschesfret Ibn Omar, que pertenecía á un jefe curdo. Al mismo tiempo marchó en persona á apoderarse de otro castillo, el de Kalat-Schabar, á orillas del Eufrates, que Melik había concedido á los okeilidas, pero que con su territorio formaba entre la Siria y Mesopotamia un islote independiente en la parte occidental de los dominios de Sengui. Ocupado éste en el sitio del castillo, de acceso difícil por hallarse situado en una peña escarpada, fué asesinado no se sabe por qué motivo, por sus esclavos (2), en la noche del 5 de Rabí II de 541 (15 de setiembre de 1146).

(1) Véase Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

(2) Es posible que las personas que rodeaban á este hombre activo, severo y de pocas necesidades, estuvieran aburridas de semejante amo. El hecho de que los asesinos, después de consumado su crimen, se refugiaran en el castillo sitiado, no prueba que el asesinato fuese resul-

Ni los cruzados ni los señores de Damasco tuvieron motivo de felicitarse por haber quedado desembarazados de su enemigo mas temible. Sengui dejó tres hijos, Seif-ed-din (espada de la fe), Gasi y Nur-ed-din (luz de la fe) Mahmud, los cuales á pesar de no estar preparados para semejante desgracia, que podía comprometer el porvenir de toda la familia, tomaron inmediatamente las disposiciones necesarias para ahogar en germen toda oposición al encargarse de la herencia de su padre. Apenas fundado el nuevo Estado lo repartieron entre sí, lo cual, sin embargo, no resultó en perjuicio del Estado mismo, porque mas de una vez había tenido que renunciar Sengui á grandes ventajas en la Siria por haber tenido que fijar su atención desde Mosul en el Este. Semejante inconveniente desapareció con la división del nuevo Estado entre los hijos de su fundador. El mayor, Seif-ed-din, se quedó con Mosul, donde la dinastía tomó su origen; el río Jabur fué fijado como frontera occidental de su parte y se respetó hasta su muerte, ocurrida en 544 (1149), sucediéndole Kotb-ed-din Mandud, que reinó desde 544 hasta 565 (1149 hasta 1170) y tuvo el grandísimo mérito de sacrificar su propio interés al general de la familia cuando un vasallo suyo, el emir de Sindjar, se pasó á Nureddin. La dignidad de atabeg ó sea la mayordomía de Mosul quedó hereditaria en la familia hasta el año 607 (principios de 1211), en cuya época el emir Bedr-ed-din Lulu, regente del Estado durante la menor edad del hijo del senguída Arslan, que á la muerte de éste solo contaba diez años, usurpó definitivamente el trono de Mosul. Menos duración tuvo el dominio de la familia senguída en Siria, donde solo lo poseyó realmente Nur-ed-din Mahmud, que reinó desde 541 hasta 569 (1146 hasta 1174) y que durante este tiempo adquirió, el único de los descendientes de Sengui, importancia histórica y fama imperecedera, siendo llamado en Siria mucho tiempo después de su muerte *el-melik el-adil* ó sea «el rey justiciero», nombre que mereció plenamente. Era justiciero por índole, por convicción y por religiosidad sincera pero varonil. Por estos motivos, y no por consideraciones políticas, organizó la administración de la justicia en su Estado y veló solícitamente por su exacto cumplimiento. Cuenta el cronista que una vez fué citado este príncipe ante el juez ordinario por un hombre del pueblo que creyó desatendida injustamente una reclamación. El soberano se presentó como cualquier otro ante el juez, y dijo á éste: «Vengo para responder á la justicia; emplea, pues, para conmigo el mismo procedimiento que sueles emplear para con todos.» Resultó que el derecho estaba del lado del príncipe, y entonces concedió Nureddin voluntariamente á su contrincante lo que éste injustamente había reclamado, diciendo: «Mi intención fué desde un principio darle lo que pretendía, pero temí que me impulsara para proceder así la soberbia y la aversión á presentarme ante el tribunal instituido por Dios; por eso he venido, y ahora le regalo lo que pide.» Se trataba á sí mismo con mas severidad todavía que lo hizo su padre, y por nada del mundo hubiera tomado ni una moneda de cobre de los fondos del gobierno para gastarla en su persona.

tado de una conspiración, ni mucho menos hay que pensar en agentes ismaelitas ó de los cruzados. Observaré, por lo que pudiera interesar tratándose de un hombre tan notable, que Weil en su *Historia de los Califas* (Mannheim, 1851) no ha advertido la identidad de este Kalat-Schabar con la población designada en el texto original, cuyo sentido no ha entendido bien; pero la identidad resulta claramente de las palabras de Ibn El-Athir (ed. Tornberg, XI, 71; véase también la nota 3 de Weil, pág. 290, tomo III, de su citada obra). Posteriormente en 564 (1168-1169) Nureddin obtuvo el castillo pacíficamente dando en cambio á su poseedor, el último okeilida, la ciudad de Serudsch y una fuerte suma de dinero, amen de muchos privilegios. Véase Ibn El-Athir, XI, pág. 220.

EL ISLAMISMO

Cuando un día se le quejó su esposa de que no tenía dinero para proveer á sus necesidades mas urgentes, concedióle el producto de tres puestos de venta que poseía como propiedad particular en el mercado de Hims, y que producían anualmente unas veinte monedas de oro, y cuando ella dijo que esto no bastaba, le contestó: «No tengo mas, porque lo demás lo tengo como administrador del país y de sus habitantes, á los cuales no quiero engañar, ni tampoco quiero precipitarme por tí en las llamas del infierno.» La suprema y única ley de su vida era el servicio de Allah, en cuyos preceptos procuró imbuirse, estudiando diariamente con afán el Corán y la Sunna. El honrado historiador Ibn El-Athir, dice: «He estudiado diligentemente las vidas de los monarcas que fueron, pero á excepción de los califas legítimos y de Omar Ibn Abd El-Azis, no he encontrado otro que le ganara en vida pura ni en solicitud de hacer justicia.» Saladino ganaba á Nureddin en amabilidad personal, en talento de gobierno y en habilidad política, y tiene además en su favor la gloria de haber reconquistado á Jerusalén, con la cual oscurece la grandeza de su predecesor; pero como hombre es éste la figura mas pura de los dos, porque todo lo hacía exclusivamente para la mayor gloria de Dios, y al interés de la causa de Dios, y no á su interés propio, ajustaba todas sus acciones. No obstante, aquel hombre singular supo resistir á la tentación mas poderosa de todas, y en la cual suelen caer los caracteres de esta clase, á saber: la de aislarse del mundo y de los hombres, dejando que su religiosidad degenerase en fanatismo sombrío y misantrópico y su voluntad enérgica en dureza é inflexibilidad estúpida. En todas sus relaciones con sus súbditos brilla el sentimiento humanitario; Nureddin supo hermanar la benevolencia con la inteligencia en el fomento del bienestar intelectual y material de sus súbditos. Este príncipe, que no pudo dar mas que veinte monedas anuales á su mujer, gastó mensualmente 9,000 en objetos piadosos y de utilidad general, construyó fortalezas, mezquitas, monasterios para dervises y al mismo tiempo posadas para los viajeros, hospitales para los enfermos y heridos, y aulas no solamente para teólogos y estudiantes de derecho sino también para médicos. Cuidó de la subsistencia de las viudas é hijos de sus guerreros, abolió impuestos opresores y gabelas, y protegió al pobre contra la tiranía del rico. Todo esto era á la verdad efecto de su conciencia religiosa, que le imponía el deber de velar por el bien de los creyentes, pero al propio tiempo dió pruebas de tener miras elevadas sin ser esclavo de preocupaciones, cosa tan rara en las personas muy religiosas; y para mayor gloria suya, no era ni falaz ni alevoso como lo había sido su padre Sengui. Este sabía que la guerra y la política van frecuentemente acompañadas de la astucia y de la falsedad, y las usó en mas de una ocasión cuando lo exigieron sus propósitos; pero Nureddin jamás quiso faltar á su palabra solemnemente dada aunque fuese á los infieles, si se exceptúa algun quebrantamiento de tregua, que era en aquel tiempo cosa corriente y nada deshonrosa entre cruzados y musulmanes. Nureddin no demostró su talento político solamente en habilidades diplomáticas superficiales, pues cuando se presentó la ocasión de atacar el reino de Jerusalén por dos lados, ocupando previamente el Egipto, restableciendo allí la religión mahometana ortodoxa y desposeyendo á los fatimitas herejes, comprendió al instante la situación y su trascendental importancia, y á la primera coyuntura propicia procedió con decisión y buen éxito en el sentido indicado.

En otro sentido diverso del militar contribuyó Nureddin todavía con mayor fuerza al giro decisivo de las cruzadas; obra exclusivamente suya, debida ya á su influencia personal, ya á su ejemplo, ya á sus hazañas, ya por fin á sus dis-



posiciones expresas y terminantes, es haber convertido en deber religioso de todo buen musulmán la guerra contra los cristianos, y haber excitado el celo de los creyentes hasta el fanatismo, cabalmente cuando este estímulo empezaba a enfriarse en los cruzados y cuando empezaban a generalizarse entre ellos la liviandad y hasta la deslealtad y la perfidia (1). Otros, antes que Nureddin, habían hecho alguna tentativa para excitar el sentimiento religioso y avivar la lucha contra los infieles. El sultán Mohammed, por ejemplo, hizo invadir la Siria por Mandud á consecuencia, en parte, de las turbulencias que hubo en la población de Bagdad, siempre ortodoxa y celosa por la fe mahometana, y Sengui, necesitando en el año 532 (1138) refuerzos del Este, trató también con bastante buen éxito, á fuer de político astuto, de servirse de la presión de los habitantes de Bagdad sobre los gobiernos de las provincias orientales. Pero estas excitaciones eran recursos momentáneos y sin ulterior trascendencia, y la conducta de los emires de Siria, que solo pensaban en empresas de rapiña y hacían alianzas con los cruzados cuando podían favorecer sus miras egoístas, no era propia para fomentar en el pueblo donde ardía la guerra la convicción de que ésta era *schihad* ó guerra santa. Esto cambió bajo el reinado de Nureddin, á quien los musulmanes muy pronto miraron en todas partes con veneración y entusiasmo y que expresamente y en todas sus campañas se mostró campeón de la fe. Así no tardó en propagarse entre las masas el celo por «luchar en el camino de Dios» no solamente en los países donde se oraba en las mezquitas por Nureddin como soberano del país, sino mucho más allá de las fronteras de Alepo y de Mosul. En estas comarcas las masas fueron conmovidas por cartas del mismo Nureddin, por las relaciones de sus victorias y según parece también por libros populares que narraban la conquista de Siria y de Mesopotamia por los primeros creyentes á las órdenes de Abu Bekr y Omar, todo naturalmente en términos capaces de despertar el entusiasmo y el deseo de imitar á aquellos adalides de la fe (2). Tan irresistible se hizo el entusiasmo de las masas en las provincias vecinas, que cuando Nureddin en 559 (1164) solicitó la cooperación armada del ortokida de Hisn-Kefa, éste no pudo menos de dársela, aunque ningún interés tenía en contribuir á que su vecino, demasiado poderoso ya, alcanzara nuevas victorias, y aunque sabía que diez años antes le habían llamado los habitantes de Damasco, descontentos de su soberano togteguinida, hombre irresoluto y débil, para someterse á su imperio.

Ocioso es decir que si los mahometanos veían en Nureddin un adalid de su fe, era tenido éste por los cristianos en un concepto muy diferente, y no puede negarse que para ellos, sus enemigos mortales, fué Nureddin cruel y vengativo hasta la ferocidad. Cuando á la muerte de Sengui los habitantes de Edesa se sublevaron, Nureddin, al volver á ocupar la ciudad en 541 (1146-1147), los castigó con la destrucción total de la población y una matanza horrorosa; y cuando Balduino faltó á la tregua solemnemente convenida robando el ganado de los confiados musulmanes y matando á los hombres indefensos cerca de Beniyás (3), respondió Nureddin á esta acción alevosa con la matanza de muchos prisioneros cristianos. Pero hay que considerar que lo que hizo en Edesa era conforme al derecho de guerra entonces admitido; que, además, le hubo de parecer necesario como á medida política, y que la matanza de los prisioneros fué un acto de represalias á una provocación infame; por lo

(1) Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

(2) Véase Goetze: *Memoires d'histoire et de géographie orientales*, número 2. Leiden, 1864, pág. 38.

(3) Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

demás, nunca se hizo Nureddin culpable de crueldades innecesarias. Fué, sí, enemigo irreconciliable de los cristianos, cuya expulsión de Siria y Palestina fué la misión de su vida; si contrajo alianza con el rey de la Armenia Menor (4), fué para hacer mal á los cruzados, y si hizo la guerra á un correligionario suyo, al seldyucida Kilidsch Arslan II, en 560 (1165) y 568 (1172-1173) (5), no tuvo en ello más objeto que obligarle á desistir de sus continuas expediciones de rapiña contra los danischménidas de Siwas y conseguir así la solidaridad necesaria de los creyentes en frente de los bizantinos y de los cruzados. Su afán incesante de aniquilar á los extranjeros cristianos no le cegaba hasta el punto de desoir los consejos de su pericia militar y de su habilidad política, y hacerse la ilusión que atacando siempre lograría el triunfo anhelado. Jamás le faltó el valor en frente de los temidos caballeros cristianos, cubiertos de armaduras de hierro; tan valiente era aquel hombre enjuto de carnes, alto y casi falto de barba, que los que le rodeaban tenían que rogarle, bien que siempre sin resultado, que moderase su impetuosidad temeraria; pero con todo esto, no dejó de conocer que cuerpo á cuerpo los caballeros armados llevaban la ventaja, y por lo mismo se contentó con hacerles por lo pronto una guerra de guerrillas activa que no les dejara reposo, mientras mantenía vivo el entusiasmo de los creyentes, y evitar batallas grandes, salvo cuando tenía á su favor circunstancias excepcionales. Y tuvo razón en esto, porque aun en las ocasiones en que creyó poder aceptar una batalla, salió muchas veces escarmentado; y así es que por mucho daño que hiciera á sus adversarios en diferentes ocasiones, como resultado positivo solo consiguió reconquistar algunos distritos del Norte de Siria en el año 545 (1150-1151) (6) y las fortalezas de Harim y Paneas en el año 559 (1164). Dirigió su actividad principal á reunir cada vez mayores fuerzas para poder en su día aniquilar á los cruzados, después de haber incorporado previamente á sus dominios los Estados mahometanos vecinos de los formados por los cristianos invasores y tener casi cercados á estos de un mar al otro (7). Este propósito tuvo mejor éxito de lo que pudo desear, de modo que con esto y con desencadenar el fanatismo musulmán forjó Nureddin las armas que más adelante hicieron triunfar á Saladino.

Siguiendo este plan destronó en 549 (1154) al último descendiente de Togteguin después de haberle astutamente hecho reñir con las personas que le rodeaban y que le apoyaban, pudiendo así tomar posesión de Damasco con el asentimiento de los habitantes. Este golpe fué tan funesto para los cruzados cuanto que valió más que diez batallas ganadas, porque desde entonces tenían por vecino de su estrecho ter-

(4) Véase Kugler.

(5) Kugler menciona una tercera campaña contra la ciudad de Mar'asch y su comarca, fundándose en la autoridad de Guillermo de Tiro (Wilken: *Geschichte der Kreuzzüge*, III, 2, Leipzig, 1819, página 65, nota 102), en cuya campaña realizó Nureddin un plan concebido desde larga fecha, á saber: la toma de la ciudad mencionada y de algunas otras poblaciones. Se ignora si el objeto era, como supongo, poner coto á las extralimitaciones del soberano de Iconio, siempre dispuesto á guerrear, ó si era otro, porque los autores orientales ni siquiera mencionan este asunto. Hay que tener presente que tanto Mar'asch como Kurus (*Cyrrhus*, que será el *Cressum* de Guillermo) pasaron en 546 (1151), después de la prisión de Joscelin, al poder de Nureddin, y si éste las fué á reconquistar en la tercera campaña mencionada por Kugler, es evidente que Kilidsch Arslan se había apoderado en el intermedio de estas plazas, y de consiguiente estuvo Nureddin en su derecho al ir á reconquistarlas aunque Arslan fuese su correligionario.

(6) Véase Kugler; según otros autores sucedió esto en 546.

(7) Porque al Noroeste formaba barrera á Antioquia la Armenia Menor, cuyo rey era amigo suyo.

ritorio marítimo, en lugar de los débiles togteguinidas, deseosos de paz y siempre indecisos, á su mayor enemigo, infatigable é irreconciliable, que no tardó en cerrar la última malla de la red con que envolvió á los cristianos por el lado terrestre.

Entre los emires que Sengui había elegido para auxiliares suyos figuraron en primera línea dos hermanos, naturales de Dwin, en Armenia, pero de raza curda, Nedschem ed-din Eyub (astro de la fe) y Asad ed-din Schirkuh (leon de la fe). Siguiendo el ejemplo de otros jefes de algaras de su raza, cuyos individuos eran, desde el origen de ella, guerreros, salteadores y ladrones de caballos, se habían alistado en las huestes de los seldyucidas, y cuando Sengui, huyendo derrotado por el califa en el año 526 (1132) llegó á la fortaleza de Tekrit, á orillas del Tigris, perteneciente al Irak, estaba allí de comandante Eyub. El sagaz curdo comprendió que Sengui podía serle útil algún día, porque era ya hombre de importancia, y cambiando diariamente en aquellos tiempos turbulentos los emires y los sultanes, no era posible prever á quién quizás tendría que servir al día siguiente. Decidió, pues, salvar al fugitivo de sus perseguidores y le facilitó embarcaciones para pasar al otro lado del río. Sengui no olvidó este favor, y cuando los dos hermanos riñeron con su superior y hubieron de marcharse de Tekrit por el año 527 (1133) los recibió en Mosul, les tomó á su servicio y les ascendió rápidamente á elevados puestos de confianza, de suerte que á la muerte de Sengui era Schirkuh uno de sus emires principales y Eyub gobernador de Balbek. No menos que su padre apreció Nureddin los servicios de los dos hermanos; confió á Eyub el gobierno de Damasco, que en gran parte con su auxilio había caído en sus manos, y á Schirkuh encargó la peligrosa misión de Egipto cuando hubo decidido intervenir en este país.

Sabido es (1) que por efecto de la miserable conducta de los últimos fatimitas y de las personas que estaban á su lado, como á consecuencia de la codicia ciega de los europeos de Jerusalén y de su rey Amalrico, y también por resultado de la admirable aptitud y perseverancia de Schirkuh y su gente, se llegó al cabo de las tres campañas de 559 (1164), 562 (1167) y 564 (1169), á establecer en el valle del Nilo, hasta entonces indefenso y á la merced de las expediciones de rapiña de los cristianos de Palestina, un formidable campo fortificado y bien pertrechado y defendido. Por tanto, á excepción de algunos castillos, principalmente los de Karak (2) y Schaubeck, que al Este y al Sur del mar Muerto guardaban el camino directo entre Damasco y el Cairo, los cruzados se encontraron rodeados de enemigos por la parte de tierra; sin embargo, mientras los cristianos de la Siria se comunicaran libremente con el Mediterráneo no era su situación desesperada, pues cual otro Anteo, pero marítimo, sacaban del mar continuamente nuevas fuerzas, y es de notar que excepto la primera cruzada, ninguna de las posteriores que tomaron la vía terrestre tuvo éxito, bien que á esto contribuyó la casualidad con la muerte del emperador Federico I.

Ya dijimos en la primera parte de esta obra que el valeroso Schirkuh no tuvo la satisfacción de llevar á cabo la obra que había comenzado con tan grande arrojo, habiendo sido menester que arrancara poco menos que á la fuerza el consentimiento para ella del vacilante Nureddin. Murió el año 564 (1169), «como dice el Corán (6, 44): «Cuando arrebatamos» repentinamente la parte que había tocado á los que en su

(1) Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

(2) Se pronuncia también Kerek, y no debe confundirse con el castillo de los caballeros hospitalarios en Kark, en el Líbano. Los escritores del Occidente llaman á ambos Krak. Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

»posesion se deleitaban (3).» En efecto, ocurrió su fallecimiento algunas semanas después de haber hecho desaparecer al visir del último fatimita Adid y de haberse hecho dar, como era costumbre en Egipto desde Afdal, el cargo de generalísimo del califa con el título de rey y la añadidura El-Mansur, «el vencedor.» Ocupó su lugar un pariente próximo suyo de entre los emires que por orden de Nureddin le habían acompañado como auxiliares, á saber, el hijo de su hermano Eyub, llamado Yusuf El-Melik en-Nasir (el rey salvador), mas conocido por su otro título honorífico, Salah ed-din (pureza de la fe), ó como vulgarmente le llaman los cristianos, Saladino. Los mahometanos, siempre inclinados á ver en las peripecias singulares de hombres notables la mano directora del Señor del mundo, que fija los destinos de cada cosa y persona, admiran el encadenamiento singular de circunstancias imprevistas en virtud de las cuales este hombre extraordinario llegó á la cumbre del poder. En efecto, cuando su tío Schirkuh quiso en 559 (1164) que Yusuf le acompañara á Egipto, el joven no mostró la menor inclinación á obedecer, y fué menester una orden directa de Nureddin para que tomara parte en la expedición decisiva del año 564 (1169); por manera que fué el mismo Nureddin quien inconscientemente empujó al emir curdo por la senda que debía conducirlo á la cumbre del poder y causar la ruina de los poderosos descendientes de Sengui. Así dice el libro de Allah: «Quizás os repugna una cosa que es saludable, y otra que quizás apeteceis es dañina para vosotros, y Dios lo sabe y vosotros no.» Cuando apenas estuvo hecho en Egipto el trabajo principal, murió Schirkuh, y Saladino entró en su puesto; cuatro años después dejó Nureddin su puesto vacante cabalmente cuando el nuevo soberano de Egipto estaba á punto de ganarlo ó perderlo todo. El hijo de Eyub tuvo, por lo demás, durante toda su vida la fortuna de que todo, su persona, sus triunfos y sus derrotas sirvieron siempre para que resaltaran sus grandes cualidades, y para hacerle amar y venerar por sus contemporáneos y admirar por la posteridad como apenas ha sido amado, venerado y admirado ningún otro príncipe oriental. Un cronista (4) dice de él: «Su físico imponente hacia que se le mirase con respeto y le atraía los corazones; afable y cariñoso como era, no sentía mayor placer que cuando podía conceder lo que se solicitaba de él. Cuando murió, el dolor del pueblo fué tan grande como si hubiese muerto un profeta; jamás se había visto igual aflicción á la muerte de ningún rey, y es que era amado; los hombres nobles y los criminales, los musulmanes y los infieles, todos le amaban.» Todavía hoy amamos á Saladino los que tenemos delante el Saladino de Lessing en lugar del verdadero; los que anhelamos ver realizados los ideales de la verdadera libertad de conciencia veneramos al sultán que, como el de Lessing, se deja entusiasmar por nuestro ideal del porvenir; pero el caso es que aquí, como tratándose de otros héroes pintados por poetas, la mano de la historia tiene que hacer algunas modificaciones capitales. El verdadero Saladino, dado caso que hubiese entrado en conversacion con un judío despreciado sobre cuestiones religiosas, no habría entendido la parábola de las tres sortijas.

Si Saladino trató con sorprendente benevolencia á adeptos de otras religiones y particularmente á los cristianos que cayeron en su poder, no fué mas que por su índole generosa, porque ningún mahometano, á no ser atea, dudaría de la egitimidad de su sortija, y Saladino fué sunnita hasta la

(3) Ibn El-Athir, ed. Tornberg, XI, pág. 225.

(4) Ibn Abi Useiba, II, pág. 206; De Sacy: *Relation d'Egypte par Abdallatif*, Paris, 1810, pág. 540 del texto y 468 de la traducción.